



EL LAGO QUE LIMPIA LOS PECADOS

Descripción

Contaba uno que había llegado a sus manos un folleto sobre viajes aventura en China, en el que decía: «Visitaremos también el lago Manasarovar, en el que un baño en sus gloriosas aguas limpia todos los pecados cometidos y por cometer».

¡Vaya oferta! Un chapuzón en aquel lago y *ciao* a los pecados cometidos y por cometer. ¡Qué sinsentido! A ver, cada cosa a su tiempo. Es cierto que fallamos muchas veces, pues tantas y más, habrá que [pedir perdón](#).

La semana pasada habíamos del perdón y aquí nos tienes, otra vez Jesús, considerando este tema. Yo creo que lo traes nuevamente a colación porque te gusta perdonar. Y es que, como escribí a uno:

«Cada vez que pedimos perdón a Dios, le damos una alegría. Hay una escena en El idiota, una gran novela de Dostoievsky, en la que una joven madre aldeana sostiene en sus brazos a su hijo, cuando éste por primera vez, le sonríe.

Entonces ella se hace la señal de la cruz y el príncipe Michkin le pregunta: «¿Por qué te persignas, madrecita?» Y le responde: «De igual manera que una madre es feliz cuando ve la primera sonrisa de su hijo, así se alegra Dios cada vez que un pecador se arrodilla y le dirige una oración con todo el corazón».

Señor, voy a darte muchas alegrías, porque yo fallo mucho y me vas a tener que perdonar muchas veces. Aunque no por eso voy a dejar de luchar...»

(Deseando amar, José Brage).

¿Por eso el Reino de los Cielos viene a ser como un rey que quiso arreglar cuentas con sus siervos. Puesto a hacer cuentas, le presentaron uno que le debía diez mil talentos. Como no podía pagar, el Señor mandó que fuese vendido con su mujer y sus hijos y todo lo que tenía y que así pagase. Entonces el siervo se echó a sus pies y le suplicaba: Ten paciencia conmigo y te pagaré todo. El Señor, compadecido de aquel siervo, lo mandó soltar y le perdonó la deuda?

(Mt 18, 23-27).

Y podremos nosotros agregar: ¡se quedó tan contento! Porque es que a Dios le gusta perdonar.

LA ALEGRÍA DEL PERDON

Como contaba el papa Francisco en una ocasión:

Recuerdo a otro gran confesor, más joven que yo, un padre capuchino que ejercía su ministerio en Buenos Aires. Una vez vino a verme porque quería hablar conmigo. Me dijo: ¿Necesito tu ayuda. Tengo mucha gente en el confesionario, gente de todo tipo, humilde y menos humilde, pero también muchos curas?!

Los perdono mucho y a veces experimento un escrúpulo, el escrúpulo de haber perdonado demasiado. Hablamos de la misericordia y le pregunté qué hacía cuando experimentaba ese escrúpulo. Me respondió: Voy a nuestra pequeña capilla, frente al tabernáculo y le digo a Jesús: Señor, perdóname, porque he perdonado demasiado. ¡Pero eres TÚ el que me ha dado tan mal ejemplo! Y comentaba el Papa: No me olvidaré de esto jamás?

(El nombre de Dios es Misericordia, Papa Francisco).

Que no se nos olvide a nosotros: a Dios le gusta perdonar. Y siempre es bueno buscar su perdón, aunque nuestra deuda nos parezca demoledora, impagable, gigantesca.

A DIOS LE GUSTA PERDONAR

El Señor que perdona la deuda se quedó tan contento y el siervo perdonado debería alegrarse también. Lo normal es alegrarse.

La gracia sana nuestras heridas, nos eleva del suelo y nos hace sabernos nuevamente hijos predilectos de Dios. Nos hace sentir el alivio de un nuevo comienzo, de una novedad radical. Cuando Jesús entra en el alma, experimentamos una felicidad que no conocíamos. Se ha acabado el tiempo de la soledad, de la vergüenza y de la humillación. Sentimos cómo somos acogidos, cómo se nos devuelve una dignidad en la que ya no creíamos?

(Libertad vivida con la fuerza de la Fe, Jutta Burggraf).

Eso es lo que sucede y lo normal, entonces, es que el alma se inunde de alegría. Así que nos puede sorprender que el Señor de la parábola sea contento perdonando. Pero lo que sorprende más es que el siervo, el siervo que ha sido perdonado, no se alegre!

¿?¿Al salir aquel siervo, encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándole, lo ahogaba y le decía: Págame lo que me debes. Su compañero se echó a sus pies y se puso a rogarle: Ten paciencia conmigo y te pagaré. Pero él no quiso, sino que fue y lo hizo meter en la cárcel, hasta que pagase la deuda¿?¿

(Mt 18, 28-30).

Por eso nos parece lo más normal del mundo el comportamiento de los que advierten esta incoherencia.

¿?¿Al ver sus compañeros lo ocurrido, se disgustaron mucho y fueron a contar a su señor lo que había pasado. Entonces su señor lo mandó llamar y le dijo: Siervo malvado, yo te he perdonado toda la deuda porque me lo ha suplicado. ¿No debías también tener compasión de tu compañero, como yo he tenido de ti?¿?¿

(Mt 18, 31-33).

El perdón no es simplemente limpiar una habitación, no es lavar el carro, no es cuadrar las cuentas. ¡No! ¡Es más! ¡Es mucho más! ¡Es transformador y transformante! Es inmerecido y, por eso, es sobrecogedor. No percibirlo así es, de alguna manera, no acabar de comprenderlo. ¿?¿Jesús, te pido que me ayudes a comprenderlo, no me vaya a pasar lo que al siervo de la parábola¿?¿.

SENTIR Y AMAR



Hay que saber perdonar y mejor, ya lo decíamos la semana pasada, hay que saber amar. Lo que

